para mantener y avivar el amor de la Religion en los que ya la conocen, no es suficiente para hacer conocer ni su verdad ni su hermosura á los que no tienen bastante conocimiento de ella. ¡Quánto mas efecto produxeran, si los oyentes estuvieran mas persuadidos! ¿Y por qué un cierto número no se destina á esta parte de la instruccion que es mas necesaria y primordial?

El hecho es, que el púlpito que vemos tantas veces adornado con flores que algunas no dexan de producir sazonados frutos, raras veces se le vé en disposicion de recoger todos los que pudiera, porque no nos instruye de los primeros principios de la verdad de la Religion y de su orígen divino, porque nos dexa en la misma ignorancia en que nos dexó la insuficiente educacion que recibimos; y de todo resulta que esta enseñanza, que por su importancia debia ser la mas universal, la mas completa, la mas fácil, no solo es la mas rara, sino la mas dificil de encontrar.

Para hacerte palpable esta verdad, yo quiero suponerte ahora en la Capital donde son mas abundantes los socorros, y que un salvage venga á preguntarte, ¿adónde ó cómo podrá dirigirse para saber quál es el culto y la Religion de los Christianos, quáles son las pruebas que la persuaden, los principios que la establecen, y los testimonios en que se funda? En fin ¿á qué Magistrado ó Ministro público podrá acudir para recibir una instruccion completa sobre el Christianismo? Me parece, Mariano, que te hallarias muy embarazado, porque



casi no sabrias qué responderle, ni á quién dirigirle.

El único recurso pues que podias tomar, seria de remitirle á la caridad particular de alguno de los pocos, que á fuerza de trabajo han hecho por sí mismos este estudio. Tú te asombrarias considerando, que no pudiste responder desde luego bien y fácilmente á una pregunta tan sensata; pero el salvage se asombraria mas de tu embarazo, si se pusiera á reflexìonar, que en un pais en donde todo se enseña, que en una capital en donde hay Cátedras y salarios para Químicos, Botánicos, y en general para todas las Artes útiles, no haya ningun establecimiento para la enseñanza de las pruebas y fundamentos de la Religion; que el estudio que mas interesa sea el único que falte; que esta enseñanza no sea la mas comun, y que no esté siempre abierta á todas las clases de la Sociedad.

No te digo esto, Mariano, con espíritu de censura ó de crítica. Sé que en la tierra todo es imperfecto; y quando deploro la insuficiencia de los recursos públicos contra la ignorancia y el olvido de la Religion, me hago cargo de que es dificil hacer lo mejor, y mudar los usos establecidos. No desespero de que el tiempo con mas conocimiento de la necesidad, y con los tristes exemplos que nos afligen, produzca reformas saludables; pero te lo digo para hacerte sentir la mucha razon con que mi Director me ha dicho que en el actual estado de las cosas es menester, que los padres de familia exerzan en ella una especie de magisterio doméstico, y que en sus hogares, ayudados de sus amigos, sean los institutores y los Apóstoles de sus hijos.

Te confieso, amigo, le respondí yo, que mis ideas no se habian detenido sobre el grande asunto que me propones; pero tus reflexiones despiertan las mias y me afligen, porque me convencen. Tú me haces advertir, que á la verdad nuestra educacion religiosa es muy imperfecta y ligera, y que convendria ::: ¡Ay, Mariano! me interrumpió, tú no has sentido todas las conseqüencias de este mal, porque no le has sufrido. Dios te ha preservado, tu buen natural te ha hecho aprender por tí mismo tu Religion, y tus costumbres han sido siempre puras; pero ¡infeliz de mí! yo lo siento, porque soy víctima desgraciada de este desórden.

Sí, amigo, yo no puedo atribuir ni los prolongados errores de mi espíritu, ni los muchos vicios de mi corazon sino á la superficial y frívola enseñanza con que se me instruyó en la Religion. Me parece que si me la hubieran dado mejor, que si á la edad de diez y seis ó diez y ocho años, quando las pasiones desenvuelven su fuerza, se me hubiera instruido de una parte de lo que mi Director me ha enseñado; me parece, digo, que ilustrado con aquella luz, y convencido con tantas pruebas, jamas hubiera caido en los delirios de la incredulidad.

Me parece tambien que quizá hubiera resistido á las seducciones del vicio; y que si la juventud y la opulencia me hubieran arrastrado, el freno de la Religion me hubiera contenido, ó que á lo ménos hubiera disminuido el número y la prolongacion de mis excesos. Sí, Mariano, me parece imposible que el mortal venturoso, que ha podido penetrar una vez, y conocer la verdad de nuestra divina Religion, pueda jamas ser seducido por los falaces sofismas de una fatal Filosofía, y quando la violencia de sus pasiones consiguiera un momento arrastrarle al error, me parece imposible que esta luz interior que ya está en su alma, tardase mucho en volverle á alumbrar y ponerle en el camino derecho en medio de sus mismos extravíos.



Así, Mariano, no seré yo un padre inhumano, como tantos lo son, y como era yo mismo. ¡Divina Religion! ¡cómo sabes mudar los corazones! El menor de mis cuidados era la educacion Religiosa; pero ahora que la fe me gobierna, y ahora que vivo con la esperanza de sus promesas, no puedo ver los tiernos renuevos que crecen á mi vista, no puedo considerar lo que serán en el dia eterno estos dulces objetos de mi amor y de mi paterna vigilancia, sin derramar lágrimas de admiracion y de alegría.

¡Qué! me digo á mí mismo, quando al lado del trono vemos al Infante, hijo de los Reyes, que ignorando todavia el esplendor de su nacimiento, y la elevacion de sus destinos, está jugando con la pompa que le rodea, no podemos dexar de admirar las grandezas que reserva la suerte á una pequeña y débil criatura. ¡Qué seria, mi Dios, si nuestros débiles ojos pudieran percibir el resplandor celestial, el carácter divino con que queda marcado el tierno niño, que á los pies del Altar recibe la inmortal regeneracion que le imprime el Bautismo!

En comparacion de este don Celestial y supremo, ¿qué pueden parecer todas las Grandezas y Coronas que dexan á los hombres que morirán, otros hombres que ya

van á sepultarse en sus sepulcros? ¿ adónde está el Príncipe heredero, de quien se pueda decir como del bautizado: Este niño será grande, porque su poder es eterno, y su imperio no sufrirá revolucion alguna?

Y si para presidir á la educacion de los hijos de los Soberanos, para dar elevacion á sus discursos, y una forma real y magestuosa se buscan los hombres mas distinguidos del Imperio; ¿quál debe ser la superioridad y la ilustracion del hombre que se consagra á desenvolver en un corazon tierno que nace con una alma inmortal, y que viene destinado á ser heredero del Cielo, la semilla de virtudes que trae consigo, y con que debe modelarse sobre el molde del infinito y del infinitamente perfecto?

¡Preciosa infancia! ¡quién puede verte sin amarte y sin enternecerse! ¡Quién puede amar sus propios hijos sin deplorar como yo con lágrimas amargas haber sido uno de esos padres ciegos y crueles, que no los estiman sino por los frívolos talentos que les dan, y con que los pervierten y los pierden, como se pierden ellos mismos!

Mi amigo decia esto tan anegado en su llanto, y con acentos tan alterados y lastimeros, que casi no articulaba las palabras que quedaban sofocadas en sus sollozos. Me pareció necesario calmarle, y aunque yo mismo estaba muy conmovido, le dixe: Todo es verdad, amigo; pero me parece que ahora léjos de afligirnos, solo tenemos motivos para dar gracias á Dios de que te ha abierto los ojos en tiempo oportuno. Tus hijos estan en la edad mas conveniente para adquirir las instrucciones necesarias, y todavia es fácil ó reparar el tiempo perdido, ó borrar las malas impresiones que han podido tomar.



Alabemos pues al Señor, de que te ha sacado de una ceguedad tan comun, y de que te da deseos tan vivos, y todos los medios de reparar este error. Ya tú, á quien la Providencia destina para tan santo ministerio, estás dispuesto á exercerle sin interrupcion ni descanso. Yo tambien, á quien tú quieres asociar, y dar parte en tus dignas funciones, estoy aquí y resuelto á ayudarte y seguirte; nada nos detiene, dispongámonos pues á usar de todos los medios que la naturaleza y la Religion nos prescriben; y léjos de ocuparnos en tristes endechas, ni en lamentos inútiles, entonemos el cántico de gracias, y el himno de la súplica para pedir al Padre Celestial luces y socorros. Esperemos en su bondad que nos ayudará á desempeñar esta deuda sagrada, y dexemos de poner la vista en lo pasado para considerar mejor lo por venir.

Mi amigo se levantó, y vino á enlazar sus brazos con los mios, pero con ademan tan tierno y afectuoso, que conmovió toda mi sensibilidad; estuvimos abrazados mucho tiempo, y apénas nos separamos quando entró el Cura, quien no pudo dexar de conocer nuestra situacion, ni disimular su sorpresa. Yo le dixe el asunto de nuestra conversacion, y le resumí en pocas palabras las reflexiones de mi amigo sobre la poca instruccion religiosa que se daba á los niños.

El Cura me escuchó con mucha atencion, y despues de haber arrancado un suspiro que parecia salir de lo

íntimo de su alma, nos dixo: Este pensamiento, Señores, es el mas continuo, y el mas punzante torcedor de mi vida. Dios sabe que desde que vine á encargarme del pasto espiritual de este Pueblo, mi primer deseo y mi mayor conato ha sido instruir á mis feligreses en nuestra Santa Religion; pero ¿qué pueden mis débiles esfuerzos contra todos los estorbos que encuentro á cada paso tanto en sus antiguas costumbres como en las instituciones civiles? Ved aquí lo que me pasa.

Yo me ocupo mucho en la Iglesia y en todo tiempo, pero principalmente en la Quaresma en hacer pláticas, conferencias y explicaciones de la Doctrina Christiana, y aunque no sea en los términos que vos lo deseais, y que ciertamente serian mejores, á lo ménos deseo enterarlos en los primeros y los mas esenciales rudimentos de la Fe; pero jamas he podido conseguir por mas esfuerzos que he hecho, que ningun adulto de los dos sexôs haya venido á mis instrucciones: todos me responden que tienen otros negocios, que ya pasáron el tiempo de aprender, que eso no es bueno sino para muchachos, y otras frioleras de esta suerte, que me descubren mas su ignorancia, y la poca idea que tienen de la importancia de esta instruccion.

Habiendo sido vanos todos mis esfuerzos en esta parte, procuré á lo ménos instruir á los niños, y he trabajado con el zelo mas activo para que todos vengan al Catecismo; pero aun esto me cuesta mucha pena conseguirlo, y mi solicitud no es siempre feliz. Muchos padres y madres poco instruidos ellos mismos, y que no conocen la importancia de que sus hijos se instruyan, oponen á



mis esfuerzos una fria indiferencia, y prefieren los débiles servicios que les pueden hacer sus pocas fuerzas. Así léjos de conducirlos y encaminarlos á la Iglesia, los desvian y los amenazan quando quieren venir los muchachos.

Otros cuidan de hacerlos venir, y en efecto viene gran número. Yo no dexo de repetirles las instrucciones; procuro inculcarles lo mejor que puedo los artículos mas indispensables y esenciales de nuestra Fe, de la manera que me parece mas proporcionada á la inteligencia de su rústica y débil razon. Sobre todo quando se acerca el término de su primera Comunion, procuro aplicarme mas, soy inexôrable, y no permito á ninguno la participacion de nuestros Misterios sagrados, sin haberle puesto en estado de saber lo que fuera delito ignorar, y para esto retardo las primeras Comuniones quanto puedo.

¿Pero qué puedo hacer con todo eso? Yo estoy solo, y por mas activo que sea mi zelo, mi atencion se multiplica demasiado para que pueda ser suficiente con cada uno. Por otra parte, ¿cómo es posible hacer entender bien Misterios tan sublimes á muchachos, cuyas cabezas no estan formadas todavia, y que por su ligereza estan sujetas á toda especie de distracciones? Apénas les pueden quedar algunas nociones obscuras que para fixarse y ser bien entendidas, necesitarian de ser repetidas y continuadas.

Pero la mayor desgracia es, que si á fuerza de trabajo consigo instruir mejor á un muchacho, y ponerle en estado de hacer bien su primera Comunion, este beneficio ordinariamente dura poco, y se pierde presto; porque este mismo no vuelve otra vez al Catecismo, y ni

las promesas ni las amenazas bastan para conseguirlo. Como ya entónces empiezan á tener alguna fuerza, y pueden ser mas útiles, los padres por un motivo de interes los destinan á ocupaciones incompatibles con esta: unos los aplican á sus comercios, otros los emplean en sus trabajos rústicos, muchos los abandonan á la mendiguez y ociosidad, y todos se distraen y alejan de un exercicio que les es ingrato.

Lo que resulta de todo es, que aquellos muchachos que aprendiéron mejor, léjos de adquirir los conocimientos que les faltan, pierden muy presto los pocos que habian adquirido: que su corazon queda abierto á todos los vicios; y que si la ocasion se presentara, su espíritu daria entrada á todos los errores: que el número de los mendigos y los ociosos de que se forman los asesinos y los salteadores, se multiplica, y que toda esta especie de Pueblo tiene las peores costumbres. Os aseguro, señores, que esta idea me ha afligido mucho y muchas veces, y para consolarme no hallo otro recurso que acogerme á la bondad Divina que gobierna el mundo, y que puede conducir á la felicidad eterna las almas que ha criado, por medios desconocidos á los hombres.

¿Pero qué se puede esperar de Christianos que no lo son mas que de nombre, que no solo ignoran las pruebas de la verdad de su Religion, sino que apénas saben en qué consiste? ¿Qué se puede esperar de personas tan poco instruidas, que no son capaces de dar la menor razon de su Fe? ¿Cómo podrán resistir á los sofismas de la incredulidad que tanto alhagan á nuestra miserable corrupcion? Y si alguna vez se ponen en la ocasion de escuchar sus falaces y lisongeros discursos, ¿qué se puede esperar de su ignorancia?



Aquí se nos avisó que la comida nos esperaba en la mesa; y aquí debo tambien advertirte, que nosotros interrumpimos al Cura con diferentes reflexiones que omito por no ser de la mayor importancia, y porque mi objeto es resumir lo que me pareció mas notable en su discurso. Despues de comer nos dixo otras muchas cosas, de que te informaré en la primera que te escriba. Á Dios por hoy, querido Antonio.